





# SANAR LA TIERRA HERIDA



Antonio César Villa

SANAR LA TIERRA HERIDA



Primera edición: octubre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Antonio César Villa

ISBN: 978-84-19899-78-1

ISBN digital: 978-84-19899-79-8

Depósito legal: M-29571-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A la memoria de mi madre*



«El hombre escribe porque se atormenta, duda.  
Debe demostrar a sí mismo y a los que le rodean que  
él vale algo».

ANDREI TARKOVSKI. *Stalker*



Laura Infantino es una sanadora. Nadie la llama sacerdotisa, ni presbítera. Y es que la denominación es mucho más acorde con ciertos poderes que posee. Para mí, son unos dones que siempre ha tenido y ejercido de la manera más natural: clarividencia, telepatía... Pero ella tiende a creer, o así me lo parece, que esas facultades extraordinarias le han sido otorgadas por Dios.

Asimismo, Laura imparte sacramentos. Eso le costó ser excomulgada de la Iglesia católica. Parece mentira que esto todavía suceda, a estas alturas de la historia, en la tercera década del siglo XXI. Pero, cuando se enteró de lo que una mujer estaba haciendo, el papa actual, que es uno de esos curas rigoristas, preconciarios y tradicionalistas que piensan que la misa solo ha de ser en latín y de espaldas al pueblo, puso el grito en el cielo, nunca mejor dicho, y la expulsó de la Iglesia, por los siglos de los siglos, amén. Con razón, desde que este papa ocupa la silla de Pedro, las iglesias no es que estén vacías: están cóncavas.

Sin embargo, los sacramentos que administra Laura distan mucho, en la forma y en el fondo, de los católicos. El bautismo, por ejemplo, solo se imparte a personas adultas que lo solicitan, nada de bautizar por cojones a bebés como ha hecho siempre la Iglesia. Por su parte, la comunión también se le da a todo adulto que la pide, sea divorciado o partidario del aborto, la eutanasia o el

suicidio, y sin meapilas cursos preparatorios antes de recibirla por vez primera ni en absurdas misas con liturgias inservibles, sino que se administra después de una breve lectura del Evangelio, y solo del Evangelio. Y, por fin, en los matrimonios se hace igual, pero sin ridículos cursillos prematrimoniales y uniendo tanto a parejas heterosexuales como homosexuales.

Estos tres (bautismo, comunión y matrimonio) son los únicos sacramentos que da Laura. El de confesión no existe: puedes hablar con ella, y el solo hecho de hacerlo, gracias a que Laura sabe cuáles son tus sufrimientos porque lee tu mente, sanará tus heridas interiores; pero no se administra porque Laura piensa que la confesión es un medio para que el cura te coma el coco (los hay maestros en eso...) y, además, ella tampoco se considera una psiquiatra ni una psicóloga, profesiones a las que tiene tanta alergia como yo mismo les tengo. En este sentido, bravo por Laura, qué coño.

Acerca de la administración sacramental y el funcionamiento diario de su modesta iglesia, hay que decir que, en la práctica, no se diferenciarían demasiado de la Iglesia luterana o anglicana, en las que hay oficiantes mujeres, o incluso de la Iglesia evangelista, por la preeminencia que se da a las lecturas del Evangelio. Pero la chulería de Laura (chulería que alabo, todo hay que decirlo) hace que ella se siga considerando católica pese a estar excomulgada oficialmente. Y ello se debe al sentido etimológico de la palabra *católica*, que significa ‘universal’. Esta es la causa de que ella se vea como católica, porque quiere compartir

sus dones únicos de manera universal, es decir, que se beneficien de ellos la humanidad en su conjunto, sean cual sean sus creencias religiosas (cristiana, judía, musulmana, budista, atea, etc.).

Cuestión aparte es que Laura peque a veces bien de ingenua, bien de imprudente. No creo en absoluto que sea lo primero. Pero, a veces, sí creo que es lo segundo.

Cuando nos conocimos, fuimos presentados por la almirante Terekhova, por la que los dos sentimos gran admiración, como luego expondré. Recuerdo que Laura se me acercó con una sonrisa sincera y me dijo: «¡Dios te dé felicidad, Santos!», mientras me estrechaba las manos con las suyas. Acto seguido, me preguntó: «Por cierto, ¿cómo es tu relación con Dios?». Me sorprendió tanto que solo acerté a responder: «Inexistente, me temo». Entonces, ella meneó la cabeza en un gesto de reproche que resultó muy divertido.

He relatado esta pequeña anécdota porque, al ser presentados, Laura pecó de imprudente: su mente le decía que yo no era de fiar; sin embargo, me saludó con una familiaridad asombrosa, como si me conociera de toda la vida. Más tarde, según supe por la almirante, Terekhova le confesó en privado mi identidad, y Laura confirmó esa rara sensación que le indicaba su cerebro; quedó horrorizada.

También se pasa de imprudente cuando ataca directamente a la Iglesia católica. Sin ir más lejos, yo puedo dar mi opinión de que a la Iglesia y a sus prebostes lo único que les interesa es acumular riqueza, cuanta más mejor, y

no me pasa nada. Pero Laura se coloca en una situación demasiado delicada cuando defenestra a la Iglesia utilizando el evangélico: «No se puede servir a dos señores»; esto es, como el propio Cristo especificó: «No se puede servir a Dios y a las riquezas», para llevar el mensaje algo más allá hasta el incendiario: «No se puede servir a Dios y al capitalismo».

De igual modo le sucede cuando habla de la maldita, y parece que perpetua, pederastia en el clero: yo puedo decir lo que piensa todo el mundo, que los curas pederastas son unos malnacidos despreciables; pero, si lo dice Laura, la opinión general es que es una mujer que se cree más que los curas y que está poco menos que loca.

He mencionado antes a la almirante Terekhova. Como he dicho, y repito, Laura y yo sentimos una gran admiración por tan excepcional mujer. Pero, para los ases del Vaticano, Alissa Terekhova tiene un pequeño problema: es una comunista convencida. Vuelvo a decir lo mismo: si yo digo que la admiro, solo le importa al que tengo al lado de la barra del bar. Pero, si lo dice Laura, significa que la sanadora es una roja peligrosa. Tanto a ella como a mí nos es indiferente. La almirante es comunista, luego atea, pero ha visto con sus propios ojos lo que hace Laura. La realidad es que, contra viento y marea, Terekhova trata en la actualidad de construir una utopía comunista en Titán, la gigantesca luna de Saturno. Y es que la almirante recuerda bien las penosas explotaciones o, mejor dicho, explotaciones que en nombre de la economía capitalista se han realizado en la Luna, en Marte, en la luna Europa

de Júpiter, en la Tierra misma. Todas esas expoliaciones, ante las que, por cierto, la Iglesia no había dicho ni mu, habían terminado por dar el impulso definitivo a las ideas comunistas de Terekhova, que hasta entonces parecían descabelladas y anticuadas, pero que habían recobrado una inusitada actualidad. Además, la almirante, ahora autoproclamada secretaria general del partido comunista de Titán, gestiona una riqueza que el capitalismo no puede siquiera soñar: los mares, ríos y lagos de metano y los casquetes polares de Titán, que concentran una reserva de hidrocarburos como carbón, petróleo y gas natural muy superior a la de la Tierra, y que, además, pueden perdurar centenares y centenares de años...

La imprudencia de Laura, en último término, podría hacerla objetivo del sempiterno Estado Islámico. Si ella quiere que los seres humanos de todas las creencias, incluidos los musulmanes, se beneficien de sus dones, al mulá que comanda ahora esta pandilla, un tal Alí Fahim al-Bagram, lo que le interesa es saber de dónde Laura ha obtenido sus poderes y cómo utilizarlos. Es un tipo despiadado que, a diferencia de sus predecesores en la organización, se ha preocupado por formar un ejército numeroso, bien adiestrado y muy bien armado. De todas, esta es la incógnita más inquietante a la que se enfrenta Laura.

Muchos no la ven guapa. No estoy de acuerdo. Laura Infantino es muy guapa. Cuando enarca las cejas en señal de sorpresa o disgusto, su mirada la hace irresistible. Tiene un cuerpo pequeño, pero bien formado; su corta

melena rubia y sus ojos azulísimos me enloquecen. Cuando entra en un lugar, como en su iglesia, todo se detiene alrededor de su figura menuda. Su personalidad es arrolladora, su presencia es apabullante. Y lo peor de todo es que, por clarividencia, por telepatía o por la razón que sea, ella sabe lo mucho que me gusta, lo mucho que la deseo. Pero nunca ha mencionado nada sobre el particular. Y eso es lo que más me atormenta.

No la culpo por ello. No me extraña que le produjera horror conocer mi verdadera identidad, ni a qué me dedico.

Porque soy asesino profesional.

Recuerdo a la perfección una conversación que mantuve con Laura hace cierto tiempo.

—Pero tú matas gente —me dijo—. ¿Cómo puedes vivir con eso?

—Es verdad, mato gente —le contesté—, pero es gente que se lo merece.

—No me vengas ahora con que te riges por un código ético, como sucede en las películas —me replicó con su voz grave en un tono de insolencia.

—Si quieres llamarlo así, de acuerdo. Mi regla de oro, por la que me rijo de manera invariable, es que mis objetivos son siempre culpables de algún crimen, que suele ser atroz.

Ella se queda pensando unos segundos, para luego exigir:

—Ponme un ejemplo.

—Curas pederastas, sin ir más lejos y ciñéndonos a lo que a ti te atañe. He liquidado a varios. Me han contratado bien víctimas de sus abusos, bien sus familias, cuando esas víctimas no lo han superado y se han suicidado.

Estábamos sentados en un banco del sótano que hace las veces de su iglesia. Estaba casi llena, con muchas personas orando para sí, pero nos encontrábamos lo suficientemente alejados de los demás para que no nos oyesen, y hablábamos en susurros.

Dudó antes de continuar la charla.

—Yo creo... que debería echarte a patadas de aquí y llamar a la policía —dijo sin mucha convicción.

—Nunca lo has hecho, y no lo vas a hacer ahora.

Volvió a guardar silencio, que fui yo el que rompí aquella vez.

—Laura, sé de sobra que lees mi mente. Cuando lo haces, sabes, sin el menor atisbo de duda, que en mi vida he matado a ningún inocente. Todos y cada uno de ellos eran culpables.

El semblante de Laura parecía reflejar un halo de convencimiento. Aunque no estaba del todo seguro, podía ser solo una impresión mía. Al fin y al cabo, yo no poseía los poderes de clarividencia que ella sí tiene.

Una mujer le hizo una seña. Tenía que atender otras obligaciones del templo. Antes de levantarse e irse, Laura me miró con severidad y comentó:

—Santos... ¡Bonito e irónico nombre para un asesino!